

dencias apuntadas, me parece hallar vivos indicios de la estancia y estudios de Cervantes en Salamanca hacia la época que dejo indicada.

No pretendo vender por hechos mis conjeturas ni graduar de verdades históricas mis hipótesis; pero si con ellas lograrse que, excitada la curiosidad de los eruditos, alcanzara alguno con mayor suficiencia y acierto á esclarecer este ignorado período de la vida del más glorioso de nuestros escritores, tendriame por muy dichosa y bien pagada de estos humildes trabajos.

---

III  
DE LOPE

---

## LA PARROQUIA DE LOPE <sup>(1)</sup>

### DATOS Y DOCUMENTOS

para la biografía del gran dramático.

Hallazgo de su partida bautismal.—Descubrimiento de la de una hermana suya, no conocida hasta ahora.—Los libros de San Miguel de los Octoes.—Aspecto y vecindario de la parroquia de Lope.—Documentos que acreditan quién era «Jerónimo de Soto», dueño de la casa en que nació el Fénix de los Ingenios.—Copia de las partidas de «Lope y Juliana de Vega», y noticia de la de «Ursula de Guardo», hermana de la segunda mujer del poeta.

#### I

Ahora que en el libro formado con estudios de investigación personal que como digno homenaje al Sr. Menéndez y Pelayo le ofrecen sus admiradores (2), van á salir á luz varios documentos inéditos relativos á Lope, hallados por el infatigable erudito D. Cristóbal Pérez Pastor,

---

(1) Fué publicado este artículo en *La Ilustración Española y Americana*, año XLIII, núm. 17, 8 de Mayo de 1899.

(2) *Homenaje á Menéndez y Pelayo en el año vigésimo de su profesorado*. Estudios de erudición española, con un prólogo de D. Juan Valera. Madrid, 1899.—Esta obra no había salido aún de las prensas al escribirse el presente estudio.

no tengo por inoportuno contribuir con mi humilde esfuerzo individual, así al tributo de admiración rendido á nuestro insigne polígrafo, como al caudal de noticias que el Sr. Pérez Pastor viene allegando para completar la biografía del padre de nuestra dramática.

Y cierto que acaso no pudiera ofrecer al señor Menéndez y Pelayo nada que fuese tan de su agrado como el feliz hallazgo de la partida bautismal de Lope, que, mediante un error de su biógrafo, D. Cayetano A. de la Barrera, teniase por perdida, y lo estaba, en efecto, para la historia y para los admiradores de nuestro excelso dramático, entre los cuales descuella en grandeza y entusiasmo el sabio colector é ilustrador de sus obras.

En su *Nueva biografía de Lope de Vega*, publicada por la Real Academia Española, al frente de las obras completas de tan glorioso ingenio, y á continuación de su partida bautismal, copiada de la que publicó Alvarez de Baena, dice terminantemente el Sr. Barrera: «Este documento *hubo de perecer* á poco de haber sido *textualmente* dado á la estampa, en el incendio de la expresada iglesia parroquial (San Miguel de los Octoes), acaecido el 16 de Agosto de 1790» (1).

Y asegurado esto por escritor de tan reconocida autoridad, todos hemos tenido por artículo de fe la pérdida del precioso documento; pero, di-

(1) Por error dice 1590; pero en la nota correspondiente aparece la fecha verdadera, 1790.

chosamente para la historia de las letras, éste no ha perecido, sino que se conserva en el libro primero de Bautismos de San Miguel de los Octoes, donde, hace muy pocos días, tuve la fortuna de encontrarlo.

Mas antes de tratar de este hallazgo y del descubrimiento de la partida bautismal de una hermana del gran poeta, hasta ahora no conocida, permítaseme decir algo acerca de la parroquia de Lope, de su aspecto y de su vecindario, así como del solar en que nació el padre de nuestra escena.

## II

En busca de la partida bautismal de Fr. Gabriel Téllez he hojeado, uno tras otro, todos los libros parroquiales de Madrid que alcanzan al siglo XVI—que son los más de ellos—, y tantas y tales han sido las reflexiones y los sentimientos que aquel ideal viaje á través de lo pasado me ha sugerido, que doy por muy bien gastadas las largas horas invertidas en tan paciente examen.

Al volver de aquellos folios, que exhalan polvo y humedad seculares; al leer uno por uno los nombres de tantas generaciones, de que no queda ya otra cosa—¡y eso que aquellas páginas contienen, juntos con los de nuestros héroes de Italia y Flandes, los de nuestros ingenios de los dos siglos de oro!—; al examinar aquellos lacónicos registros de la vida, donde con tan inge-

nuo descuido y abandono y en formas tan abreviadas y familiares se consignaba el obscuro paso por la existencia de muchos seres humildes y no bien clasificados, en asientos de esta ó de semejante traza: «A tantos de tal mes y año se bautizó á una esclavilla que nació en casa del marqués de Tal»; ó «bapticé á Juan ó Gabriel, hallado á la puerta de la iglesia»; ó «á Pedro ignoto, cuyos padres no se saben.» Ante tan singular manera de consignar el estado civil de muchos desheredados seres, y singularmente de los esclavos—harto más numerosos de lo que la cristiandad de los tiempos requería (1)—, ocurriárame pensar que otro tanto hacían nuestros abuelos con el oro acaparado en las Indias: cor-

(1) Véanse, como muestra de estos lacónicos registros, los siguientes, copiados sólo de los libros de San Miguel de los Octoes, donde pudieran hallarse muchos más:

*Bautizos.*

- 1571 (al margen). «María de la puerta del duque de Francavilla.»  
 1567. Partida de «Alonso, mozo del prior D. Antonio de Toledo.»  
 1566. «... á siete de Julio, Pedro, negro del plumajero del rey.»  
 1583. «... Juan, esclavo del Iltmo. Sr.º Idiáquez.»

*Defunciones.*

1565. «En 12 días de Noviembre falleció en casa de don Lope Capata un mozo extranjero...»  
 1568. «24 de Agosto falleció una esclava de Leonor de Miranda.»  
 1566. «22 Octubre falleció un cortesano en la calle...»  
 1576. «Octubre, una esclava de Francisco Alvarez.»  
 Debe tenerse presente que estos libros más tenían de asientos y cuentas parroquiales que de registro civil ni censo de la población.

taban precipitada y desigualmente el precioso metal en monedas *macuquinas*, y, estampándole de golpe el cuño con las armas de los señores de ambos mundos, daban con él en la flota de España, porque en días de conquista no teníamos tiempo ni manos para cortar ni contornear el oro que amontonábamos, ni para clasificar entre los seres racionales á los esclavos sometidos. ¡Cuán distintos aquellos tiempos de éstos..., ó, mejor dicho, cuán legítimos hijos de aquéllos son estos tiempos que alcanzamos!

Otras veces, teniendo delante, juntos con los libros de *Bautismos*, los de *Óbitos*, parecíame ver abiertas las dos puertas que comunican con la eternidad y contemplar de cerca el flujo y reflujo de la Humanidad por los hondos cauces de la Historia.

Pero, prescindiendo de las reflexiones filosóficas y sociales que aquellos libros me sugerían, y fijándome sólo en su valor y alcance históricos, diré que nada hay, á mi parecer, que tan vivamente sugiera nuestro espíritu y le transporte á otras edades como el aspecto y el contacto de esos libros, en cuyas páginas proyéctase tan fielmente la sombra venerable de lo pasado, y se perciben y como que se tocan de relieve las formas de las sociedades que fueron.

Siguiendo los contornos que tan de bulto se acusan en aquellos folios, podría trazarse entera la figura de la adusta y altiva matrona corte de las Españas.

Cada registro parroquial guarda impreso en

líneas indelebles el aspecto y fisonomía de su respectiva jurisdicción. Descuellan en los de San Andrés, Santa María, San Pedro, San Justo, Santiago y San Juan las nobles alcurnias de la vieja cepa castiza; y adviértese pronto en el curso y hasta en la contextura de aquellos registros la viva marea de la plebe agolpada en torno de las altas rocas señoriales.

En cambio, en San Ginés, Santa Cruz y San Miguel de los Octoes las desigualdades sociales eran menos sensibles, no se hallaban tantas cumbres ni tantas hondonadas, había menos próceres y menos mendigos, puesto que la mayoría del vecindario componíase de industriales, artesanos y mercaderes.

Predominaban en San Ginés, como en Santa Cruz, los jubeteros, espaderos, confiteros, pasteleros, sombrereros, cordoneros, guarnicioneros, carpinteros, doradores, calceteros, entalladores, pellejeros, etc.; abundando en ambas feligresías, como en las de Santiago y San Miguel, los libreros, los zapateros y los sastres, agrupándose allí á la sombra de Palacio los armeros, guarnicioneros, palafreneros y una nube de criados y proveedores de la Casa Real.

Pero la parroquia del comercio por excelencia era la parroquia de Lope, la de las *Platerías* y *Puerta de Guadalajara*; el centro de las transacciones y negocios financieros; el lugar desde donde á grito herido se pregonaban las pragmáticas; el golfo donde naufragaban las bolsas de los lindos moscateles recién venidos de provincias:

el punto donde, en los bancos que los mercaderes tenían á sus puertas (1), solían estacionar los curiosos y cantoneros; el camino por donde, con rumbo al Prado, bajaban como ostentosas flotas los corpulentos coches «aferrados de telas de oro, plata y seda y con clavazón dorada» (2), tripulados por gentiles damas y galanes; el cauce por donde derivaban procesiones, cortejos y cabalgatas en las entradas, casamientos, bautizos y juras de los Reyes, en cuyas memorables ocasiones lucían los plateros el tesoro de sus opulentas mercancías en ricos aparadores cubiertos de brocado; el corazón, en fin, donde afluía y se agolpaba la vida toda de la villa y corte de España cuando ésta era dueña y señora de dos mundos.

Allí, entre la Cava de San Miguel y la calle de Milanese, alzábase la vieja Puerta de Guadalajara, tan prolijamente descrita por el humanista López de Hoyos, maestro de Cervantes (3); y junto á la Puerta misma, *en casas de Jerónimo de Soto*, como dice Montalbán, y según el mismo Lope escribió, «pared y medio de donde puso Carlos V la soberbia de Francia entre dos paredes» (4), nació el más glorioso de nuestros dra-

(1) Quevedo: *El Buscón*, capítulo II: «... llegué á la Puerta de Guadalajara y sentéme en un banco de los que tienen á sus puertas los mercaderes...»

(2) Pragmática de 3 de Enero de 1611.

(3) En su *Real aparato y sumptuoso recibimiento con que Madrid... recibió á la serenísima Reina doña Ana de Austria*... Madrid, por Juan Gracián; 1572. 8.º

(4) «El Sr. Mesonero, partiendo de esta noticia—dice la Barre—, ha reconocido los Registros de todas aquellas inmediaciones,

máticos. A propósito del dueño de la casa en que nació Lope, escribe Barrera: «Jerónimo de Soto se llamó uno de nuestros más célebres ingenieros de aquella época. Floreció desde 1587 á 1629.»

Pero el propietario de la casa en que vió la luz el gran poeta no debió de ser el ingeniero á quien se refiere Barrera, sino cierto platero que vivía en aquella vecindad, y del cual hallé memoria fidedigna en la siguiente partida bautismal de un hijo suyo:

«En siete dias del mes de octubre de mill y quinientos y ochenta y dos años, bautizó el R<sup>do</sup> Sor. Licenciado Mynez., cura de dicha ygle-

sin encontrar más que en uno de los sitios ó solares que concurren á formar el de la moderna casa números 7 y 8 antiguos y 82 moderno de la manzana 415, la circunstancia de haber pertenecido á los herederos de Jerónimo de Soto.» Y como la casa indicada, cuyo solar comprende el de aquella en que nació el poeta, se halla al lado opuesto y no muy cerca de la torre de los Lujanes, mal pudo estar *pared en medio* de la prisión de Francisco I. La frase *pared en medio* fué alteración del copista de la carta de Lope publicada por Schack, puesto que en el original autógrafo se lee *pared y medio*, palabras que, según el Sr. Barrera, «no indican medianería, sino distancia, y se refieren, indudablemente, al trozo de adarve ó muro que enlazaba las dos manzanas, dejando entre ambas el arco ó hueco de entrada que llevaba el nombre de Puerta de Guadalajara». No me parece muy exacta esta interpretación, y acaso acierta más el Sr. Mesonero, que dice: «... Sospechamos que la expresión *pared por medio*, que usa Lope, es una locución poética para expresar su proximidad á la torre de los Lujanes.» En efecto; á mi parecer, ó la frase de Lope fué, más que locución poética, un modismo familiar que tenía igual sentido figurado y un tanto ponderativo que los que hoy mismo solemos emplear para encarecer la proximidad de determinados lugares, como ahí á dos pasos, orilla, junto, lindando, pegadito, etc., ó el solar de los herederos de Jerónimo de Soto no fué tal vez el de la casa del mismo dueño en que nació Lope.

sia, á Miguel, hijo de *Hiro de Soto, platero*, y de su mujer maria de los angeles; fué padrino de pila al<sup>o</sup> Falconi, y madrina doña Maria falconi; tos eugenio garcia y lorenzo de Gant p<sup>o</sup>. El ldo. Martinez.—Al margen: *Miguel, hijo de Jerónimo de Soto y M<sup>a</sup> de los Angeles.* (Parroquia de San Miguel de los Octoes, libro 2.<sup>o</sup> de Bautismos, desde 1574 á 1599.)

En corroboración de esta sospecha mía, debo decir que después de escrito lo que antecede hallé, con grata sorpresa, que el erudito escritor D. Carlos Cambronero, al tratar de *La Custodia del Ayuntamiento* y de su autor, Francisco Alvarez (1), escribía: «... Jerónimo de Soto, platero también, dueño de la casa en que nació Lope de Vega...»; y suponiendo que el Sr. Cambronero fundaría esta afirmación en algún dato extraído del Archivo municipal, expreséle mi duda, que bondadosamente se ha dignado satisfacer contestándome: que en los libros de Acuerdos del Ayuntamiento, con fecha 2 de Junio de 1568, encontró una referencia á *Jerónimo de Soto, platero*, y que más adelante, en acuerdo de 27 de Diciembre de 1573, vió nuevamente citado á *Soto, platero*, «sobre venta de su casa sita en la *Puerta de Guadalajara*», «y ya no vacilé—dice—en afirmar que el Jerónimo de Soto dueño de la casa en que nació Lope de Vega era platero».

(1) En su artículo *Cosas de antaño*, publicado en la *Revista Contemporánea* el 30 de Abril de 1898.

En el barrio de los mercaderes, y en casa propia de un mercader, acaso tienda ó taller de platería, nació, pues, Lope de Vega Carpio, y es de suponer que aquélla, como todas las que ocupaban el trozo de la calle Mayor conocido con el nombre de *Platerías*, fuese una estrecha vivienda de reducido solar, con tres ó cuatro pisos de elevación, según dice el Sr. Mesonero (1).

«Bajando á la izquierda de dicha puerta—la de Guadalajara—por la Cava de San Miguel..., lo primero que se presenta—dice el ilustre cronista de Madrid (2)—es el solar irregular de la *plazuela de San Miguel*, convertido hoy en mercado de comestibles.»

Dentro de este solar hallábase la iglesia parroquial de *San Miguel de los Octoes*, que tomó este apellido á una familia feligresa y bienhechora, tanto por gratitud, sin duda, como por dife-

(1) En efecto; si la casa en que Lope vió la luz es la indicada por el autor del *Antiguo Madrid*, no cabe duda de que su planta debió ser reducidísima, ya que el solar que ocupó—el que perteneció á los herederos de Jerónimo de Soto—fué incluido hace tiempo con otros varios solares en la casa indicada—que es la actualmente señalada con el número 50—, la cual, á pesar de ocupar varios solares, es harto pequeña.

Con el fin de averiguar si Jerónimo de Soto poseyó en la Puerta de Guadalajara alguna casa más cercana á la torre de los Lujanes, he consultado el *Libro de los nombres y calles de Madrid sobre que se paga incómodas y tercias partes*—códice de la Biblioteca Nacional signatura Q-303—; pero no he hallado en él noticia alguna, pues aunque en el índice se cita al folio 40 un *Miguel de Soto*—así se llamaba el hijo de Jerónimo cuya partida copio—, en el folio 40 sólo se nombra á *Felipe de Soto*, dueño de una casa en la calle de la Paloma.

(2) El Sr. Mesonero Romanos.

renciarse de la otra parroquia de *San Miguel de la Sagra*, que se hallaba cerca del Alcázar.

Formaba la feligresía de San Miguel de los Octoes la flor del comercio madrileño, las *Platerías* y *Puerta de Guadalajara*, centro y arteria principal de la villa.

Y aunque no faltaban en aquella jurisdicción nobles linajes—entre los cuales descollaba, dando sombra y protección á la antigua parroquia, el muy ilustre de los Zapatas, Condes de Barajas (1), que á espaldas de la plazuela de San Miguel tenían su casa, con la cual lindaban por su lado posterior las llamadas de los *salvajes*, con fachada á la *plazuela del Conde de Miranda*, que pertenecieron á D. Juan de Zapata y Cárdenas, alzándose también en aquella vecindad las de los Cárdenas y Mendozas, enlazados con los Zapatas—, lo cierto es que la feligresía de San Miguel componíase casi toda de industriales y mercaderes, en su mayoría plateros, espaderos,

(1) Don Juan Zapata de Cárdenas, Comendador de la encomienda de los Santos de Maymona, por testamento otorgado en 1585 fundó en aquella parroquia unas capellanías, según consta de las Memorias de la iglesia, con la cual lindaba la casa del Sr. D. Lope Zapata de León, Comendador de Ocaña, quien *mandó abrir una puerta desde su casa para la tribuna de la dicha iglesia del Sr. San Miguel*, según rezan las Memorias parroquiales, donde se consigna que esta noble familia tenía en aquel templo una capilla de su nombre y propiedad—capilla de los Zapatas—; y, finalmente, el ilustrísimo señor Cardenal D. Antonio Zapata de Cisneros, hijo del Conde de Barajas, regaló á la iglesia de San Miguel un precioso tabernáculo de piedras finas y bronce, que valía 6.000 ducados, único objeto que pudo salvarse del incendio de aquel templo en 1790. (Véase para esta última noticia M. Romanos: *Antiguo Madrid*, tomo I, pág. 212.)

cordoneros, sastres, jubeteros, guanteros, etc., abundando también en ella los guardias, alabar-deros, palafreneros, ujieres y toda especie de servidores, así de los Reyes como de algunos grandes y titulados que cerca residían con ostentación de príncipes.

Así, al lado de los hijos y deudos de los Duques de Denia, de los Condes de Priego y de Barajas, del ilustre D. Lope de Zapata, vecino y Regidor de la villa, del ilustrísimo secretario D. Francisco de Idiáquez y de otros esclarecidos sujetos, figuran en aquellos registros de nacimientos y defunciones no pocos servidores de los Príncipes de Mérito, de los Duques de Francavila, de los Condes de Barajas y de los Osorios, Cárdenas, Lujanes y Mendozas, y harto número de criados y esclavos de mercaderes é industriales adinerados.

Acreditan aquellos libros que varios esclavos negros servían al *plumajero* de S. M., circunstancia de la cual puede inferirse que plumas y esclavos tendrían acaso igual procedencia africana, y noticia que es verdadera nota colorista y pintoresca en el cuadro de la adusta corte de los Austrias.

Entre los plateros de la Puerta de Guadalajara puedo citar á Jerónimo de Soto, Pedro y Francisco de Reynaltes, platero este último de la Reina Doña Ana de Austria; Jerónimo González, *platero de oro*; Andrés y Miguel Téllez, Francisco de Madrid, Francisco Rosales, Pedro de Bilbao, Alonso Rodríguez, mayordomo de la

iglesia de San Miguel, y Francisco Alvarez, autor de la custodia del Ayuntamiento (1).

Y es de observar que en aquella feligresía abundaban los Vegas y los Cervantes, así como los Calderones, Henaos y Riaños (2), los cuales bien pudieran ser deudos del autor de *La vida es sueño*, que, como observó muy oportunamente el Sr. Mesonero, por singular coincidencia vino á morir en casa casi frontera de aquella en que nació Lope, como si en tan breve espacio se hallase cifrada la historia de aquel corto y esplendoroso día de nuestra escena que amaneció con Lope, reinando Felipe II, y anocheció al morir Calderón, cuando en manos del último Austria se hundieron y aniquilaron todas nuestras grandezas.

### III

Realizado ya mi propósito de apuntar en ligero bosquejo el aspecto y vecindario de la parroquia en que nació Lope, cúpleme ahora tratar de los documentos que hallé en aquellos registros bautismales.

He aquí, ante todo, el texto del precioso tes-

(1) Archivo de San Miguel, libros de Bautizos y Defunciones y Memorias parroquiales.

(2) Idem íd. Don Antonio de Riaño y Biedma se llamó un cura párroco de San Miguel de 1640 á 1650. (Memorias de la parroquia.) En varias *partidas* de nacimiento y defunción figura el nombre de Juan de Riaño, cerero; el de Catalina de Henaos y el de Francisco Calderón, cordónero.

timonio, cuyo facsímile acompaña á este artículo (1):

Al margen: *Lope*.—«En seis d<sup>a</sup> de diz<sup>b</sup> de quio y sesenta y dos a<sup>os</sup>. El muy R<sup>do</sup> Sor. lido. muñoz baptizo á lope hijo de feliz (2) de vega y de fra<sup>ca</sup> su mujer. Comp<sup>e</sup> mayor Antonio Gomez, madrina su muger.—El Licen<sup>do</sup> Muñoz.»=Rubricado. (Parroquia de San Miguel de los Octoes, libro 1.º de Bautismos, folio 110 vuelto.)

El contexto de esta partida, salvas ligeras variantes ortográficas, es el mismo publicado por Alvarez de Baena y reproducido por Barrera en su *Nueva biografía de Lope*.

No ha sido, pues, el mío descubrimiento, sino hallazgo de un testimonio glorioso, de una página auténtica y venerable de la historia de nuestras letras que se tenía por perdida y vuelta en cenizas más de un siglo ha, y que por dicha salió incólume de entre las llamas que consumieron en 1790 la iglesia de San Miguel, y con ella los restos de Montalbán, el caro é infortunado discípulo de Lope.

Pero como para la historia y para la fama tanto significa ignorado como perdido, y como lo que yace en olvido y desconocimiento hállase en grave peligro de perderse ó de caer en manos

(1) Al publicarse por primera vez este trabajo en *La Ilustración Española y Americana*, acompañábale un facsímile fotográfico de tan valioso documento.

(2) El nombre de *feliz* fué enmendado posteriormente colocando una *s* grande sobre la última sílaba de él, que primitivamente era *ces*, como acontece en la partida de Juliana, donde claramente se leen *felices*.

extrañas, más ansiosas de robarnos nuestras glorias que nosotros de guardarlas y defenderlas, bueno es lanzar á los cuatro vientos de la publicidad la nueva feliz de este hallazgo, que mejor salvaguardia de tesoros suele ser la notoriedad que la ocultación, y más seguras y defendidas están las joyas entre los vidrios del escaparate del diamantista bañados en luz, que en el fondo de las mejor blindadas arcas de hierro.

Pero si la partida bautismal de Lope era de todos conocida desde que Alvarez de Baena la dió á la estampa á los fines del siglo XVIII, no sucedía otro tanto con la de cierta hermana del gran poeta, de la cual no se tenía hasta ahora la más leve noticia, puesto que Barrera, el mejor de los biógrafos del Fénix, dice: «Tuvo, pues, Félix de Vega tres hijos: Isabel, Lope y otro varón cuyo nombre ignoramos, que siguió las armas, etc.» (1).

El siguiente documento, hallado por mí en el mismo libro 1.º de Bautizos de San Miguel de los Octoes, acredita que los hijos de Félix de Vega fueron cuatro; y cuenta que esta hasta ahora ignorada hermana de Lope no debió de morir en la niñez, puesto que no figura en los libros de óbitos de aquella parroquia, registrados por mí en alguna extensión con el propósito de buscar noticias de la familia de Vega.

He aquí el documento:

(1) *Nueva biografía*, pág. 22.

«En veynte y ocho dias del mes de enero de 1565 a<sup>os</sup> bautizo el R<sup>do</sup> Señor bachiller Andrés mynez. cura de dicha iglesia á Juliana hija de felices de vega y de su muger franca fernandez fue su compadre que la tuvo á la pila Antonio Gomez, comadre Isabel Gomez. t<sup>os</sup> eugenio gar<sup>a</sup> y agustin de sompando.—El bachiller Martinez.»—Hay una rúbrica.

Juliana de Vega tenía, pues, tres años menos que su hermano Lope, y aunque hasta ahora no poseamos otra noticia de ella, no tengo su existencia por dato insignificante para la biografía de Lope, ni me parece inútil sacar del olvido su nombre.

¿Quién sabe el influjo que esta hermana, ignorada hasta hoy, pudo ejercer en la vida y en los sentimientos del poeta? ¿Compartió con él los días felices de la infancia? ¿Casó tal vez con un hombre de letras ó de posición, que pudiese influir de algún modo en la vida de Lope? ¿Quién sabe!

Acaso investigadores más dichosos ó mejor encaminados completarán en breve esta nueva página de la vida del gran dramático.

De todos modos, aunque la partida transcrita no nos revelara la existencia de otra hermana de Lope, nos indicaría, por lo menos, la permanencia de éste en la parroquia de San Miguel durante los tres primeros años de su vida.

Y como para la reconstrucción de las existencias y cosas que pasaron no hay dato despreciable consignaré, para terminar, que en el mismo

libro de Bautizos, con fecha 28 de Octubre de 1571, se halla la partida de *Ursula de Guardo*, hija de Antonio de Guardo y de María de Collantes, y, por tanto, hermana de Juana de Guardo, la segunda mujer de Lope (1).

Tales han sido mis hallazgos en los libros de San Miguel de los Octoes, el primero de los cuales, por sólo contener la partida bautismal de Lope, uno de los mayores poetas que ha tenido el mundo, merecía ser venerado como reliquia y considerado como verdadero monumento nacional.

(1) Ursula de Guardo casó con Francisco Alonso. A propósito de ella véase la *Nueva biografía de Lope de Vega*, pág. 559.

Faltaría á los más elementales deberes de reconocimiento y cortesía si no consignase aquí la expresión de mi profunda gratitud hacia el respetable sacerdote D. José Gómez Sesé, teniente primero de la parroquia de San Miguel, que bondadosamente me ha facilitado los documentos de aquel archivo.



## Lope de Vega y Menéndez y Pelayo

Leyendo á Lope comentado por Menéndez y Pelayo siéntese emoción semejante á la de ver el cielo reflejarse en el mar: son dos inmensidades que se afrontan y en sus ilimitadas lejanías se confunden en una sola unidad sublime. Predestinado á toda exaltación y apoteosis, aquel hombre, síntesis y prodigio que en vida mereció ser llamado «poeta de los cielos y la tierra», y bebió á raudales del vino enloquecedor de la gloria, tres siglos después de muerto logra historiador y panegirista digno de él. Porque, en verdad, que si el cauce en que se tiende el océano ha de bastar á contenerle, para contener á todo un Lope se necesitaba todo un Menéndez y Pelayo.

El teatro de Lope es una de aquellas asombrosas síntesis de que sólo fueron capaces los *proteos* del Renacimiento: como que Lope fué el heredero de todo el arte medieval y el fundador de toda la dramática nueva, y semejante esfuerzo pide ser consignado en frase de plástica energía, como la célebre de Víctor Hugo: «Aquel titán del arte puso el Panteón sobre el Partenón, é hizo á San Pedro de Roma.» Pero la obra de Lope no es suma de creaciones clásicas: es algo más audaz

y antitético, es algo como el alma romántica y bravía de España encerrada en la urna plateresca del Renacimiento; es la *Iliada* nacional cantada por un Homero *quinientista*; más aún, como con alta conciencia de lo que fué y de lo que no fué Lope dice el Sr. Menéndez: la mayor gloria del padre de nuestro teatro consistió en «haber reunido en sus obras todo un mundo poético, dándonos el trasunto más vario de la tragedia y de la comedia humanas; y si no el más intenso y profundo, el más *extenso*, animado y bizarro de que literatura alguna pueda gloriarse».

Asombra el soberano acierto crítico y la genial adivinación poética con que la inteligencia sublime de nuestro gran polígrafo, como faulda de luz viva, atraviesa la prestigiosa penumbra de ese mundo en formación, donde lo irreal y lo real coexisten en promiscuidad quimérica, donde coexisten los dioses mitológicos, los paladines andantescos, las abstracciones y los símbolos, con los hombres de todos los países y de todas las generaciones, y apartando, como un dios, la luz de las tinieblas, la realidad de la invención, la historia de la fábula, ordena el caos, y sin despoetizar la virginal grandeza del recién creado cosmos, con pasmosa clarividencia le desmenuza, le analiza y le reconstruye mentalmente. Mas, así como en manos de críticos, jayanes y proletarios, que sin respeto revuelven y trasiegan los ideales tesoros de los soberanos poetas, diríase que tales opulencias se simplifican, encogen y merman hasta la anulación, en manos del maestro de nuestra crí-

tica las riquezas de Lope crecen, porque el maestro sabe de Lope y de sus obras más de lo que el mismo Lope supo de ellas: que el poeta no está obligado á conocer la genealogía de los asuntos que trata—¡le basta con inmortalizarlos!—. El crítico y el historiador literario sí tienen esa misión; y cuando en el crítico se suman un gran polígrafo y un gran poeta de la estética como en nuestro Menéndez y Pelayo, las creaciones de la inspiración se completan y acrecen con las revelaciones del saber y con las especulaciones del juicio. Así, en el estudio de Menéndez y Pelayo, lejos de decrecer, se agranda Lope. Mas no sale de sus términos ni rebasa sus márgenes, porque Menéndez, que, tanto como á Lope, conoce á los otros dos excelsos dramáticos nuestros, sabe muy bien que nada hubo tan distinto como el genio, la obra, la misión y la personalidad de cada uno de los dioses mayores de nuestra escena clásica. Tanto, que el signo *más*, que en Lope significa *extensión*, caótico exceso de elementos, imperio de la acción y de la lírica sobre los caracteres; en Tirso significará *profundidad*, selección, dominio de la realidad sobre la fantasía, y de la psicología sobre la intriga; y en Calderón, predominio del idealismo convencional y de época sobre la universal verdad humana, de la intriga sobre los caracteres, y de la pompa culterana sobre la sinceridad de la expresión.

Limitados estos campos y sólidamente reconstruida y documentada la biografía de Lope—cuyo desconocimiento extravió el criterio de los pre-

ceptistas—en las páginas del maestro, la crítica histórica y la crítica estética se han integrado. Conceder como nadie el Sr. Menéndez de la psicología y aun de la fisiología de Lope de Vega, podía con lógica rigurosa deducir del árbol el fruto y del hombre la obra. Y en verdad que pocas personalidades de poetas alcanzaron á ser más grandes y tumultuosas y á verterse más íntegramente en sus creaciones. Profundamente penetró el maestro de nuestra crítica en la psicología complicada de aquel magno Lope, melancólico é imaginativo, megalómano y neurótico, insaciable de triunfos y grandezas, soñando siempre blasones y laureles, amontonando torres en su escudo y citas de filósofos y autoridades en las márgenes de sus libros; poniendo á sí y á sus *Dulcineas* «nombres altos, sonoros y significativos»; solicitando prólogos y sonetos de *duques, marqueses* y *obispos*; asustado de desagradar á los extranjeros y codicioso de agradar al *vulgo necio*; admirado hasta la idolatría y siempre ferido de punta de envidia y de celos; teniéndose á sí mismo por «único y solo en el ingenio y en las desdichas»; mereciendo que Alarcón le llamara

«envidioso universal  
de los aplausos ajenos»,

y Cervantes, «Monstruo de la Naturaleza», y que de él dijese Tirso

«que niega el habla á su amigo  
cada vez que escribe bien».

Aquel «hombre de tantos fuegos» (1) y de tantas almas, que vivió la vida de los andantes, de los poetas, de los soldados y de los místicos —[todo el vivir de sus tiempos!—; que escribió poemas «sobre las aguas, entre las jarcias del galeón *San Juan*»; sirvió excelencias, ciñó espada, vistió hábitos y corrió aventuras con ninfas de teatro y con daifas de Lavapiés; aquel hombre de alma de llama y de borrasca, desencadenado en lo erótico, arrebatado en lo místico hasta desmayarse celebrando misa; pronto siempre á escapar de la realidad por las puertas del ensueño, de la pasión ó de la fantasía, no pudo ser y no fué jamás sereno y desinteresado observador de la vida; por eso en su teatro lo fantástico, lo alegórico, lo andantesco, lo arcádico, lo heroico y lo novelesco son *lo más*, y lo real es *lo menos*; y esto en las comedias *de buenas costumbres*, envuelto en veladuras poéticas, y en las *de malas costumbres* hundido en lodazales de vicio. Porque Lope, aunque por su abundantísima lectura y por su no menos rica experiencia personal, érase doctor en vida humana, no nació para vivir en la serena realidad, ni para reproducirla con método y coherencia, ni menos para analizar despacio las leyes de los hechos y las almas de los hombres. Tuvo, sí—oportunamente lo va notando el comentador insigne—, el instinto y la presciencia de todos los aspectos y perfeccionamientos del arte, y todos los esbozó é inició en

(1) Así se llamó Lope á sí propio en una de sus cartas.

su teatro (el sentido de lo pintoresco y de la poesía realista revélase en sus escenas rústicas y villanescas; la intuición del color histórico y local y del espíritu étnico, en la patriarcal nobleza de su estilo bíblico, en el lujo oriental y militares bazarías de sus cuadros árabes, en el prestigio de lo sobrenatural cristiano, en la abrupta grandeza de la epopeya medieval; la penetrante observación de lo externo y de lo interno, en la transcripción de costumbres y en los felices ensayos de psicología femenina); pero Lope procedía por ráfagas, por llamaradas, por relámpagos: su genio tenía los ímpetus magníficos de las fuerzas ciegas de la Naturaleza; procedía, no con dinamismo calculado, sino por empujes brutales, como el huracán y como las olas; su misión era crearlo todo, y no se detenía á modelar individualidades sueltas; y si las modelaba, no se dignaba concluir las; no era un cincelador de figuras, ni un mecánico de almas: no era retratista; era, como los grandes fresquistas italianos, pintor de multitudes; él sabía reproducir los contornos hercúleos, los escorzos miguelangelescos, las ondulaciones de marea de la muchedumbre; arrastró á la escena olas vivas de pueblo, como en *Ruenteovejuna*, y las hizo alentar con una misma vida y una misma conciencia irresponsable y anónima («todos á una»); él volcó en el teatro la historia de España y casi toda la historia del mundo, la muchedumbre de las generaciones y hasta las inventadas multitudes mitológicas, andantescas y simbólicas. Eso era Lope: un crea-

dor de la dramática, un poblador de la escena; su teatro era síntesis del arte arcaico y génesis del arte nuevo; no podía ser análisis, ni perfección, ni equilibrio: él llevó toda la humanidad á la escena; tras él vendría otro que individualizase á toda aquella masa viviente. Y en esta segura conciencia de lo que fué y de lo que no pudo ser Lope inspirase su gran crítico desde la génesis misma de su labor ciclópea, la clasificación de aquella producción inabarcable, en la cual, si señala dos divisiones al teatro de costumbres (1), que Lope creó ó inició—como lo inició todo en el teatro español—, no cree necesario introducir subdivisión especial para las comedias de carácter, pues aunque algunas de las de costumbres de Lope puedan considerarse como de carácter, «el carácter—dice el maestro—está siempre subordinado á la intriga y al raudal de la dicción poética».

Decir que en el teatro de Lope la *extensión* excede á la intensidad y á la profundidad; que en él «el carácter está siempre subordinado á la intriga y al raudal de la dicción poética»; y que «la manifestación épico-dramática es la más alta del genio de Lope», era definir desde el principio, en admirable síntesis crítica, cuanto es el genio y el teatro de Lope. El maestro estudia desde sus fuentes los asuntos que fueron objeto

(1) Comedias de *malas costumbres* (las rufianescas) y comedias «de costumbres urbanas y caballerescas», precursoras de las de *capa y espada*, de Calderón, y de las de carácter, de Tirso.

de la prodigiosa actividad del gran dramático; estudia al poeta desde que, niño aún, de doce años solos, escribió *El verdadero amante* y el *Garcilaso*, donde Menéndez descubre, con el estilo y las trazas de Juan de la Cueva, las cualidades geniales, características de Lope, que, como Hércules, domaba monstruos desde la cuna, hallándose «al salir de la escuela en posesión de la fórmula generadora de su teatro histórico, la *conversión de las rapsodias épicas en drama*». Esta era el alma poética y la raíz generadora de la obra de Lope. En ella dominan el vuelo desatado de la fantasía, el ímpetu heroico de su espíritu romántico y todo español, y la torrencial corriente de su lírica oceánica.

El curso impetuoso de la inspiración de Lope arranca no menos que de la propia creación del mundo; bordea el sagrado Oriente, reflejando escenas bíblicas, vidas ascéticas, leyendas semi-hagiográficas, historias semifabulosas; fluye entre nieblas de ensueño por las regiones de la clásica mitología; intérnase y corre á rienda suelta por las rientes praderías de la *Arcadia* y por los prestigiosos dominios de la andante caballería; pero donde se explaya más grandiosa, donde hierve con más generosos bríos, donde canta con más levantados tonos, es en los tendidos, gloriosos campos de la épica nacional. Allí es donde Lope se revela entero; allí donde inagotablemente se prodiga, en aquellas «rapsodias épicas dramatizadas—habla Menéndez y Pelayo—, con cuyos hilos de oro fué tejiendo el poeta los anales

heroicos de la patria común, llevando de frente toda la materia histórica, ó tenida por tal, desde el drama que enaltece la final resistencia de los cántabros contra Roma, hasta aquellos otros que conmemoran, á modo de gacetas, triunfos del día ó del momento, como el asalto de Maestricht ó la batalla de Fleurus».

Todo esto escribió Lope, y todo esto ha historiado, juzgado y comentado el maestro de nuestra crítica.

Asombra la suma de erudición que significa la obra inmensa de Lope, y su estudio y comentario realizados por Menéndez: los trece enormes tomos de la edición académica y los que aún restan sin publicar, rematados, como el sabio colector ofrece, por «el estudio sintético» en que ha de juzgar «la labor dramática de Lope de Vega en relación con el total desarrollo de nuestra literatura y con la historia general del teatro» (1), suponen una triple formidable bibliografía. Para calcular aproximativamente la suma de esa triple multitud de libros, empecemos por recordar que Lope era un insaciable bebedor de lectura: Lope lo leía todo: lo arcaico y lo reciente, lo bueno y lo malo, lo genuino y lo apócrifo, lo sagrado y lo profano, el verso y la prosa, lo sublime y lo monstruoso, el infolio reverendo y la jácara matonesca, la relación de la última jornada militar ó del arribo de los galeones de Indias, la canción de ciego, el desalmado vejamen

(1) Tomo II, Observaciones preliminares.

ó la descomulgada letrilla; diríase que se sorbió íntegra la materia histórica y aun la materia legible de sus tiempos, y toda la convirtió en substancia dramática. Lope lo leía todo, y Menéndez sabe, á tres siglos de distancia, cuanto Lope leía; y esto de suerte que puede indicarnos el volumen, la edición, hasta la página, de la crónica, del romancero, del cancionero, del ejemplario sacro, de la genealogía nobiliaria, del libro de caballerías, de la novela italiana ó española, del cronicón apócrifo, de la gesta veneranda, del olvidado poema, de la miscelánea farragosa, de la égloga primitiva, del informe auto, del misterio litúrgico, del centón, ó de la floresta de historias y apólogos orientales de donde Lope tomó cada una de sus farsas. Añádase á este mundo de lectura la inextricable selva de las ediciones genuinas, apócrifas ó *extravagantes* de Lope; toda la historia bibliográfica de las *quinientas* piezas conocidas del gran dramático, y todos los litigios, problemas y controversias con ellos relacionados.

Y sobre esas dos ingentes montañas de libros aún hay que asentar una tercera: la abrumadora bibliografía de la historia y de la crítica dramática puesta á contribución por el magno polígrafo para realizar el estudio, el comentario y el juicio de la dramática de Lope. Todo ese caos ha ordenado el maestro de la erudición española, y con esos inmensos materiales ha erigido uno de los más excelsos monumentos de que puede gloriarse la crítica moderna; y esto

con infalible acierto de juicio, con tal dominio de la materia inabarcable y en páginas de tan alta y avasalladora elocuencia, que compiten en belleza y en prestigio con las mismas eternas páginas de Lope.

Y esta labor titánica, que requería un hombre, un sabio todo entero, y que hubiese quebrado los bríos á los más atléticos luchadores intelectuales, no es toda la obra; es—¡pasma el considerarlo!— una sola de las gigantescas obras de este atlante de las letras, del único escritor digno de eternizarse en la misma constelación gloriosa al lado del gran Lope, creador de nuestro Teatro.